Nómadas 1

Shambhala

∞

Octavio Déniz

Shambhala, la ciudad mítica de los Himalayas donde habita el Rey del Mundo. Shambhala, la Resplandeciente. Hogar de santos inmortales y guerreros puros. Shambhala, el reino espiritual de la belleza y la perfección moral.

Dicen de ella que es el espacio más allá del tiempo, allí donde reina la felicidad. El lugar donde habita la Fraternidad Blanca. El hogar de los mahatmas de Blavatsky. El reino que persiguió Csoma de Korös, o el propio Nicolas Roerich, o tantos aventureros que dejaron su vida y sus ilusiones entre las montañas más altas del mundo.

Shambhala, la Resplandeciente, un mito que resuena en las mentes, en el inconsciente colectivo. Junto a la Atlántida, Thule, Lemuria, las islas de las Hespérides o la mítica Avalon del Rey Arturo. Un territorio fabuloso que nos recuerda al Paraíso perdido, al jardín del Edén de la tradición judeocristiana. El paraíso del que todos hemos sido expulsados y al que todos anhelamos retornar algún día. La tierra de los bienaventurados, regida por un gobernante justo. Un mundo fraternal y espiritual. El refugio perfecto en estos tiempos de zozobra planetaria. Aquel sitio al que son llamados los buenos hombres, las buenas mujeres.

Hubo quien, a través de desiertos infinitos, de ríos portentosos, de montañas aterradoras, buscó la Shambhala terrenal. Hubo también quien entendió que Shambhala es un territorio en el corazón del ser humano.

¿Dónde está Shambhala? ¿Acaso puede existir un reino perdido en los Himalayas que no haya sido ya fotografiado por los satélites, cartografiado y mostrado en la pantalla de nuestros teléfonos móviles? ¿Dónde está Shambhala?

Viajero, agudiza tus sentidos. ¿Puedes verla? En este mar de hielo, una luz brilla entre las montañas. Mira bien. ¿Puedes ver al hombre que porta esa luz? ¿Puedes ver al séquito que viene tras él a tu encuentro? Esto no es un espejismo, no es una visión provocada por el frío. Te están esperando, y te saludan con la mano. ¿Te atreverás a acercarte? ¿Viajarás con ellos entre las montañas hasta su reino secreto?

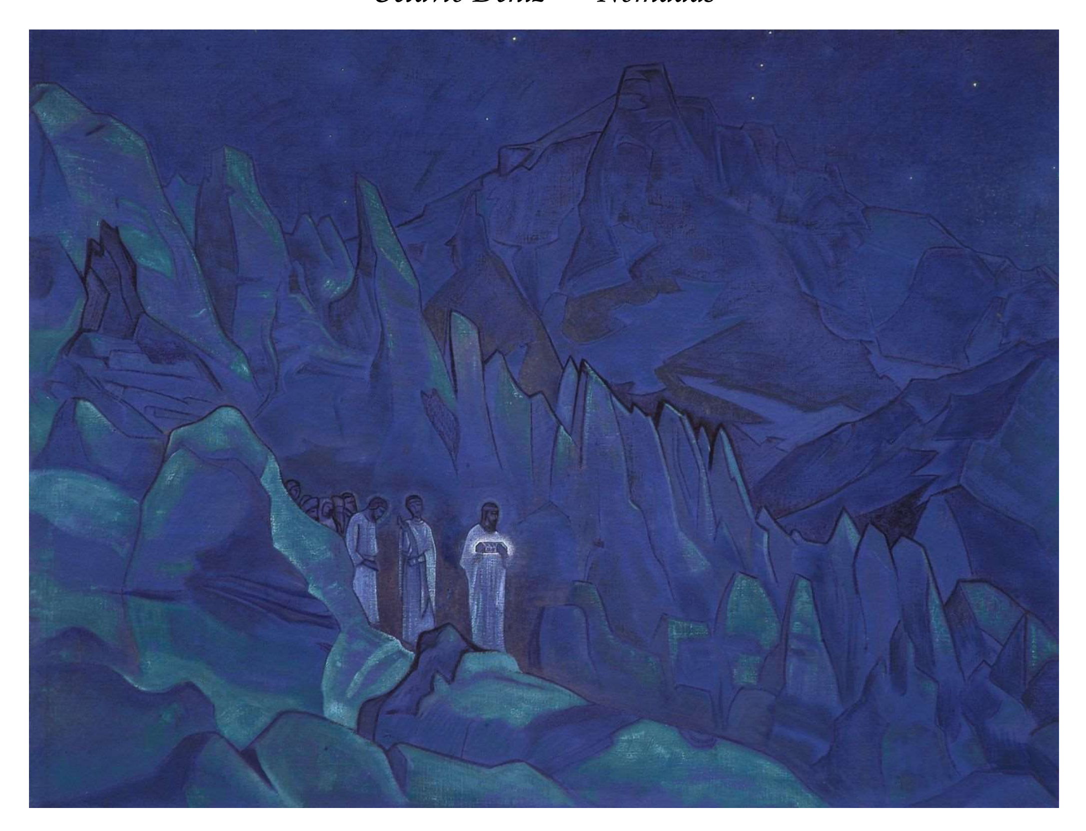
Shambhala te espera. Abre sus puertas para ti.

¿Me acompañas?

julio 2020

https://asienlatierrablog.wordpress.com/2020/07/17/nomadas-1-shambhala/

Imágenes de Dominio Público



Shambhala

El conocimiento o la mitología acerca de Shambhala, la Resplandeciente, penetra profundamente dentro de la tradición espiritual de Asia. Se trata de una leyenda ancestral, que conecta con el mito, y también con una religión que floreció, antes de cualquier religión. Shambhala se expresa a través de relatos, de sueños, pero sobre todo, Shambhala es puro material arquetípico.

Shambhala es una metáfora del paraíso terrenal, pero no a la manera judeo-cristiana. Es el paraíso de los sabios, de los bondadosos, el lugar oculto donde se guarda el conocimiento que salvará al mundo cuando este ciclo humano llegue a su fin. Shambhala es un reino mítico, gobernado por un rey budista que está preparado para extender el fuego de la sabiduría por el mundo. La jerarquía de Shambhala es invisible y por eso muchos cuestionan su existencia. En cambio, otros creen fervientemente en ella. Incluso reciben mensajes directamente desde las grandes almas que habitan el lugar. ¿Son mensajes de los mahatmas, o son mensajes nacidos del propio inconsciente? Cada cual tiene su respuesta.

La localización exacta de Shambhala es desconocida. Por eso, si la buscas, no la encuentras. Pero quizás la encuentres por azar. O porque ese era tu destino.

Se dice que está en un valle escondido en los Himalayas, o en el desierto del Gobi, o en los montes de Altai. En algún lugar donde crece la vegetación exuberante. En un territorio sagrado donde la vida de los hombres es más prolongada y más feliz. Es en Shambhala donde nacen todas las religiones, según se cuenta. Y es el centro desde el cual, desconocidos maestros hablan a los pocos seres que permanecen despiertos en medio de una humanidad durmiente. Los seguidores de Shambhala, una secta oculta de buscadores de la verdad, se sienten protegidos por los maestros, guiados por sus enseñanzas. Muchos escuchan el susurro de estos mahatmas en la noche, a luz de una vela, meditando, o canalizando los tesoros de sabiduría que se emiten desde la isla resplandeciente.

Se cuenta también que algunos, algún día, escucharán la llamada de Shambhala, el grito de “Kalagiya” que resuena en las montañas, que reverbera a través de todo el planeta. Así que, si escuchas la llamada, si el Rey de Shambhala, Rigden Geppo, hace llegar su grito a tus oídos, es que tú también eres uno de ellos. Eres uno de los escogidos.

Como todos los mitos, el de Shambhala es como un diamante con múltiples caras. La imaginación, el mito, la realidad, la historia, la mentira, la verdad, son facetas de esa extraña piedra preciosa que tenemos ahora entre nuestras manos. Más allá de su irreal realidad, Shambhala es un cuento largo donde se mezclan personajes de toda especie: santos, místicos, aventureros, espías, charlatanes, criminales, creyentes, incrédulos…

Hablaré aquí de algunas de las facetas de este diamante, pero sin duda, por mucho tiempo que le dedique, por más que intente aclarar todos los conceptos, me quedaré corto. Los mitos no tienen principio ni final. Son inabarcables.

Pero aun así, intentaré llegar lo más lejos que pueda en esta búsqueda a través de las montañas.

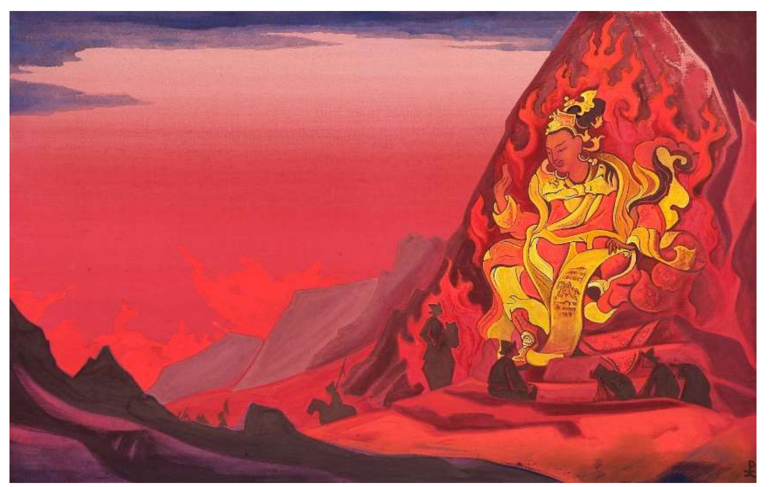
Shambhala en los textos

Las primeras referencias escritas acerca de Shambhala aparecen en textos muy antiguos de la India, especialmente en el Mahabharata y en los Puranas.

Los Puranas son una colección de textos muy antiguos en los que se habla de mitos, leyendas y sabiduría ancestral de la India; mientras que el Mahabharata es un largo poema épico que destaca por su contenido filosófico. Ambas obras se atribuyen a un sabio poeta denominado Vyasa. En estos textos se habla de Shambhala como el lugar donde el futuro Kalki, es decir, la última encarnación de Vishnú, nacerá al final del presente ciclo de la humanidad. Por tanto, la idea de Shambhala está asociada ya en el hinduismo con una suerte de “final de los tiempos”. Este final se vincula, como no puede ser de otro modo, a Vishnu, el dios de la creación, la preservación y la destrucción.

Ahora bien, dado que el concepto del tiempo en la filosofía hinduista no es lineal, sino cíclico, hay que entender ese final de ciclo como el punto de partida de un nuevo período temporal. De hecho, se trataría del final del Kali Yuga, el tiempo que vivimos actualmente. Una época marcada por la codicia y el materialismo. Un ciclo que cambiaría para dar inicio al Satya Yuga, la era de los justos y los sabios.

Según el hinduismo, en los tiempos finales del presente Kali-yuga, los sabios y los santos serán tan escasos que se les verá como seres extraños por la humanidad. Incluso pueden ser perseguidos o cazados como animales. Por eso, los sabios y los santos abandonarán las ciudades y buscarán refugio en las cuevas, o en lo alto de las montañas. Algunos, incluso, dejarán el plano terrenal de la existencia. Se convertirán en espíritus puros que transmiten mensajes desde la otra dimensión.



Se dice que el Kalki avatar nacerá en Shambhala, hijo de un brahmán apodado Vishnu yasha. Aparecerá sobre el mundo montado sobre un caballo blanco y blandiendo una espada llameante. Kalki, de hecho, es una metáfora de la eternidad o del tiempo, algo que será importante cuando analicemos la visión de Shambhala que se revela a través del pensamiento budista tibetano. Kalki es también el destructor de la ignorancia, por lo que se le denomina, el destructor de la oscuridad. Para Nicolás Roerich, este avatar no es otro que Maitreya, el Buda futuro.

Tal como se dice en algunos textos:

> *"Tú aparecerás como un cometa y portarás una espada que causa terror, para traer, a través de ella, la aniquilación de los hombres bárbaros al final del Kali-yuga."*

Puede ser anecdótico, pero la imagen de una espada llameante que cae sobre la tierra recuerda con facilidad a un cometa, y como sabemos, la caída de algunos asteroides a la Tierra ha traído la devastación y la extinción de las especies. ¿Será el Kalki avatar un cometa? Con mucho menos que esto, cualquier gurú de medio pelo, crearía una secta.

Shambhala en el budismo

El mito de Shambhala se expande a través del pensamiento budista a partir del siglo XI de nuestra era. El gran maestro tibetano Chogyam Trungpa resume el mito de Shambhala según la visión budista con estas palabras:

> *"De acuerdo con las leyendas, Shambhala era un lugar de paz y prosperidad, regido por gobernantes prudentes y compasivos. Los ciudadanos eran igualmente bondadosos y sabios, de manera que el reino constituía, en general, una sociedad modelo. Se dice que el budismo desempeñó un papel importante en la evolución de la sociedad Shambhala. Las leyendas nos cuentan que el Buda Shakyamuni [el Buda histórico que vivió hace dos mil quinientos años en la India] transmitió enseñanzas tántricas muy altas a Dawa Zangpo, el primer rey de Shambhala. Se considera que esas enseñanzas, que se conservan en el Kalachakra Tantra, son parte de la más profunda sabiduría del budismo tibetano. Cuentan las historias que, después que el rey hubo recibido su instrucción, todo el pueblo de Shambhala comenzó a practicar la meditación y a seguir el camino budista de benevolencia e interés por todos los seres. De esta manera, no solamente los gobernantes, sino que todos los súbditos del reino llegaron a ser personas sumamente evolucionadas."*

Tal como cita el gran Nicolás Roerich en boca de un lama:

> *"La Luz de la Torre de Shambhala resplandece como un diamante. Él está allí, Rigden Gyeppo, infatigable, siempre vigilante de la causa de la humanidad. Sus ojos nunca se cierran y en su espejo mágico ve todos los acontecimientos de la tierra. El poder de su pensamiento penetra los sitios más apartados. La distancia no existe para él. Instantáneamente puede brindar ayuda a*

> *quienes sean dignos de ella. Su poderosa luz puede destruir cualquier oscuridad. Sus inconmensurables riquezas están listas para ayudar a todo aquel que esté necesitado y se ofrezca a servir a la causa de la justicia. Hasta puede cambiar el karma de los seres humanos."*

La creencia extendida entre muchos tibetanos es que Shambhala existe físicamente en algún lugar escondido del Himalaya. Según el sabio Mipham, la Shambhala física es real, y se encuentra al norte del río Sita. Se trata de un valle dividido por ocho cadenas montañosas. En el centro de ese territorio se erige una montaña circular en la que habitan los gobernantes del país, denominados Ridgens.

Es cierto que tal montaña existe, y no es otra que el pico Kailash, una de las montañas sagradas del Tíbet. Así que no es sorprendente que muchos, como Mipham crean que en lo alto de este pico se erija el palacio de Kalapa, la sede central del poder de Shambhala. Mipham continúa diciendo que hacia el sur de este palacio se erige un parque llamado Malaya, en cuyo centro hay un templo dedicado a la sabiduría Kalachakra. Este parque fue construido por el primer rey de Shambhala, Dawa Zangpo, también conocido como el rey Suchandra.



El Kailash, la montaña de Shambhala es, como ya he dicho, uno de los lugares sagrados de la tradición budista tibetana. Se trata de una llamativa montaña de forma piramidal. Al pie del Kailash nacen cuatro ríos, dos de los cuales, son corrientes sagradas: el Indo, que desemboca en el mar arábigo; y el Brahmaputra, que corre en dirección opuesta hacia el golfo de Bengala. El Kailash, que tiene una altitud de 6.638 metros sobre el nivel mar, es el único pico de cierta envergadura que jamás ha sido escalado por el ser humano. Ni lo será. Al ser un monte sagrado, la ascensión al mismo está terminantemente prohibida por las autoridades. Así que nunca sabremos si realmente existen esos palacios y parques maravillosos que describe la tradición tibetana. Nadie subirá hasta allí para confirmarlo o para negarlo. Pero, de todos modos, si quieres creer que existen, para ti existen.

Los tibetanos conocen al Kailash como el Ghang Rimpoche, que significa, "la preciosa joya de la nieve". Mientras que el nombre sánscrito, Kailash, podría tener relación con un término que significa "cristal".

Para los hinduistas, el Kailash, la joya de cristal, es la morada del dios Shiva. Es el paraíso donde viven las almas después de la muerte. Representa también el lingam, es decir, el miembro viril, el falo del poderoso Shiva. Del mismo modo, un lago que está a sus pies, sería la representación del yoni, es decir, la vulva de su esposa Parvati. Se reproduce aquí la asociación que se suele dar entre los picos de las montañas como deidades masculinas, y las cuevas y los lagos como deidades femeninas. Algo que vemos a lo largo del tiempo y de las culturas. Lo masculino, creativo y elevándose a lo alto; lo femenino, receptivo y sumergiéndose en lo profundo.

El monte Kailash es un “axis mundi”, un eje del mundo. El lugar donde la tierra conecta con el cielo. Y por tanto sólo puede ser morada de grandes dioses. El Kailash, según los Puranas hindúes es el centro del mandala del universo. Los cuatro ríos que he mencionado dividen la tierra en cuatro regiones. Y las cuatro laderas del Kailash, según el mito, están hechas de cuatro materiales resplandecientes: cristal, rubí, oro y lapislázuli.

Los budistas tienen una bonita historia acerca del monte Kailash cuyo protagonista es mi querido Maestro Milarepa. No me resisto a resumirla a continuación.

Cuentan que Milarepa se enzarzó en una discusión con un maestro de la antigua religión tibetana, conocida como la religión Bön. Como ambos tenían un gran dominio de la magia, comenzaron una disputa en la que ninguno obtuvo una victoria decisiva. Para dilucidar al vencedor, se tomó una decisión. Ambos escalarían el monte Kailash, resultando ganador aquel que llegara a la cima en primer lugar. El monje Bön se sentó sobre su tambor mágico, y éste lo llevó volando a toda velocidad ladera arriba hacia el pico de la montaña. Pero Milarepa, en vez de seguirle, simplemente se sentó a meditar. Los discípulos de Milarepa estaban compungidos, ya que pensaban que su maestro había abandonado la competencia. Pero he aquí que cuando el mago Bön llegó sobre su tambor a la cima del Kailash, se encontró a Milarepa meditando en la cumbre. El mago cayó rodando ladera abajo y Milarepa fue declarado vencedor.

Me puedo imaginar a Milarepa, riendo a carcajadas mientras sus discípulos se preguntan cómo se puede estar al mismo tiempo al pie de una montaña y en lo más alto de ésta. La clave, diría entonces Milarepa, es que cuando no hay un yo que te limite, se puede estar en todas partes.

Hay que decir que todos los años, cientos de viajeros se acercan a la base de la montaña para realizar una dura peregrinación. El sendero que circunvala el monte Kailash mide 54 kilómetros, y debe ser recorrido a la manera tibetana. Esta forma de peregrinar, de una extrema dureza, tiene como objetivo que el viajero mida la distancia que recorre con su propio cuerpo y se realiza del siguiente modo. En primer lugar, la persona se postra boca abajo en el suelo y extiende los brazos hacia delante. Entona entonces un mantra y deposita en el suelo una piedrecita que lleva consigo, Posteriormente, el peregrino se levanta, y avanza los pasos necesarios hasta llegar a la piedra con la que marcó en el suelo la máxima extensión de su cuerpo. Recoge la piedra, se vuelve a postrar, y repite todo el proceso hasta completar el recorrido completo de su peregrinar.

Muchos tibetanos piensan que el reino de Shambhala no es algo que exista en el plano físico. Se cree que Shambhala desapareció de la tierra hace siglos, cuando su sociedad alcanzó la iluminación colectiva, elevándose a un plano más sutil. Así, los Rigden, los reyes, están al tanto de todos los asuntos de la humanidad, e intervienen para ayudar a los seguidores de Shambhala. Algún día, según se dice, estos reyes volverán a la tierra para salvar a la humanidad en sus tiempos más oscuros. Así que como vemos, el ideal budista acerca de Shambhala se asemeja en parte al hinduista.

El Kalachakra

En la tradición del budismo tibetano, existe una estrecha relación entre el concepto de Shambhala y un cuerpo de enseñanzas denominado “Kalachakra”. El término kalachakra se puede traducir como la “rueda del tiempo” o el “ciclo del tiempo”. Tanto la filosofía del kalachakra como las técnicas de meditación que componen esta enseñanza están contenidas en un texto denominado Kalachakra Tantra. Pero este texto, se dice es sólo un resumen de un libro mucho más extenso y profundo que se ha perdido. Esta idea de las escrituras perdidas, de los

libros que han desaparecido y que contendrían una enseñanza fabulosa, es un concepto muy extendido en el budismo tibetano.

De hecho, existe una categoría de buscadores espirituales que estarían especializados en localizar estos libros perdidos, en una búsqueda que es tanto simbólica como real. Un buscador de tesoros espirituales recibe el nombre de "tertön", y estos textos, que suelen ser canalizados más que localizados físicamente, son denominados "terma". El gran sabio Padma Sambhava explica que:

> *"Los tesoros escondidos serán encontrados uno tras otro cuando su descubrimiento sea necesario para el progreso de la Humanidad."*

Y en la crónica del rey Gessar se afirma lo siguiente:

> *"Tengo muchos tesoros, pero sólo al llegar el día fijado, los repartiré entre mi pueblo. La verdadera riqueza vendrá sólo con el pueblo de Shambhala."*

En el caso de las enseñanzas kalachakra, solamente contamos con un resumen del conocimiento total. De los doce mil versos que el propio Buda predicó al rey Suchandra de Shambhala, nos quedan poco más de mil, recopilados por uno de los reyes de Shambhala, Manjushrikirti.

En esta enseñanza se analizan los ciclos del universo, desde los movimientos de los planetas hasta los ciclos de la respiración humana. Todo en el kalachakra tantra gira en torno a la idea de manipular la energía sutil del cuerpo para llegar a la iluminación.



Kalachakra

El Kalachakra tantra habla del tiempo, pero también de la eternidad. Kalachakra es también una deidad, una encarnación del Buda que representa el paso del tiempo. Pero junto a él está su consorte, Kalachakri que vive fuera del tiempo, en la eternidad, en el infinito. Ambas deidades se representan en la postura del "Yab-yum", que no es otra cosa que una postura sexual en la que los amantes están sentados uno frente a otro entrelazando sus piernas y practicando el coito.

El concepto es interesante y podríamos expresarlo así: el dios del tiempo hace el amor con la diosa de la eternidad. Así que lo que conocemos como humanos, el tiempo, trasciende a lo eterno, que es el territorio donde habitan los dioses, los budas y los bienaventurados. Otra forma de verlo es que, cuando el acto sexual se realiza con conciencia, no como se hace hoy en día. Repito, cuando se hace con conciencia, el hombre representa el tiempo, mientras que la mujer manifiesta el no-tiempo. El hombre aprende de la mujer a prolongar el orgasmo, reservando su semilla. A través de ella, descubre el no-tiempo. La mujer, cuando es el momento apropiado, puede tomar un poco de la semilla del hombre y crear un nuevo ser que estará sometido al tiempo, pero que, en algún momento, se liberará hacia el no-tiempo. El nirvana. Todo el acto sexual es un adelanto del nirvana, porque la sexualidad consciente contiene el néctar de la inmortalidad. Pero esto es un conocimiento que trasciende el mito de Shambhala y ya estoy hablando demasiado.

La rueda del Kalachakra, la rueda del tiempo, no tiene principio ni fin. El humano aspira al despertar, aspira a ser buda, para salir de la cárcel del tiempo. Pero el buda constantemente se encarna en la forma humana para estimular el despertar de todos los seres.

En el plano humano, el Kalachakra nos enseña los diversos ciclos y sistemas que gobiernan el universo. Por ejemplo, habla de los cuatro niveles de conciencia del ser humano, que son el estar despierto, el mundo de los sueños, el dormir sin sueños, y el estado que se produce cuando se da la unión sexual entre los amantes.

Como ya he dicho, en el pasado, las enseñanzas del kalachakra fueron enseñadas por Buda a petición de un rey de Shambhala llamado Suchandra. Se menciona que Shambhala era un reino físico, ubicado cerca del río Sita, en Turquestán Oriental. Desde allí, el kalachakra fue devuelto a la India por un sabio llamado Chilupa en el año 966 de nuestra era. Y desde allí, la enseñanza viajó a Tibet, en el siglo XII, donde fue divulgada por el gran Sakya Pandita. En el tiempo presente, se cree que es precisamente Shambhala el lugar donde las enseñanzas de la kalachakra son preservadas y practicadas. Pero esta tradición se proyecta también hacia el futuro.

Cuenta la tradición que cada rey de Shambhala gobierna durante cien años. Y se dice que el rey vigente fue entronizado en 1927. Así que nos quedan unos pocos años para que se dé el relevo. Aun así, el próximo rey, que gobernará a partir de 2027, no será el último gobernante de Shambhala.

Según la tradición, habrá una guerra entre los bárbaros que gobernarán (que gobiernan ya) la Tierra y el rey número veinticinco de Shambhala. Las tropas espirituales de Shambhala se unirán en la montaña sagrada de Kailash. Desde allí, se enfrentarán contra sus enemigos que, según la tradición, son seres materialistas y nihilistas. Para Alexander Berzin, esta no es una batalla contra las personas, algo que es bastante ajeno al pensamiento budista, sino que se trata de vencer la intolerancia, la violencia, el odio y la guerra en el mundo. Es decir, es una lucha contra las tendencias negativas del ser humano, pero no contra el ser humano en sí.

Esta "guerra santa", por emplear un término descriptivo, sería según algunos estudiosos, un combate interno que los seguidores de la doctrina libran contra sus tendencias negativas interiores. Así lo expresó entre otros, el gran maestro contemporáneo, Chogyam Trungpa. No en vano, en los textos del Kalachakra se recuerda que las condiciones del exterior dependen de las condiciones del interior. Es decir, que el mundo externo es una representación de nuestra conciencia. Así que la batalla de Shambhala, más que una guerra entre seres espirituales y ejércitos terrenales, es un combate interior dentro de cada persona. Un combate que se basa en

el esfuerzo por abandonar la mentalidad violenta, arcaica, en pos de la sabiduría y la elevación espiritual de cada ser humano.

Las imágenes del Kalachakra nos hablan de esta batalla de manera simbólica. Los seres iluminados portan armas que actúan contra los cinco venenos que habitan en el corazón humano. Estos venenos son: la ignorancia, el deseo, la ira, el orgullo y la envidia.

Por supuesto, se dice, los guerreros de Shambhala ganarán esa batalla, de manera que el rey de Shambhala gobernará la tierra y propagará las enseñanzas del Buda, y en especial, las enseñanzas alquímicas del Kalachakra. Esto ocurrirá, según las profecías, en el 2425. Después de eso, el Budismo florecerá en el mundo durante 1800 años más.

Mal negocio para quien quiera fundar con esto, una secta apocalíptica. Por lo menos, en los próximos 400 años.



Sukhavati

La idea de un paraíso terrenal o celestial es un tema recurrente dentro de la mitología budista. Este es el caso de Sukhavati, un territorio espiritual a mitad de camino entre el mundo físico y el mundo espiritual de los seres liberados.

Sukhavati es un paraíso intermedio, es decir, un lugar habitado por seres que han adquirido méritos en la vida terrenal y que están a la espera de su iluminación completa, de su salvación definitiva. Por ese motivo se dice que los seres que habitan el reino de Sukhavati son ecuánimes y felices.

La descripción de que se hace de Sukhavati es lo más parecido a un paraíso celestial, pero con características similares al mundo terrenal. Se trata de un reino lleno de árboles que, en vez de fruta, producen piedras preciosas. El aire está aromatizado de olores agradables, y por todo el lugar se escuchan dulces sonidos. Hay flores en abundancia, y es atravesado por ríos de aguas cristalinas y calmadas. Aquí, en Sukhavati no existen las diferencias sociales ni económicas. No existe la propiedad y todo es para el disfrute de todos. En Sukhavati, nada malo puede ocurrir y todas las energías son benéficas. Todo está dispuesto para la plena felicidad de los seres que aquí habitan.

Pero como digo, Sukhavati es sólo un paraíso intermedio. Algo, aún mejor, aguarda a aquellos que asciendan desde este mundo a la plena liberación, al nirvana.

El buda Amitaba o Amitayus es el gobernante del paraíso occidental de Sukhavati. Aunque el nombre de Amitaba o Amitayus se podría usar de manera indistinta, puesto que se trata de la misma esencia, en la iconografía tibetana, se les representa de manera diferente. Amitayus porta un cuenco para agua, un jarrón o una botella, mientras que Amitaba lleva entre sus manos un cuenco similar al que usan los monjes para recoger las limosnas. El recipiente de Amitayus contiene amrita, el néctar de la inmortalidad, de manera que él es el buda de la vida infinita.

Shambhala, como Sukhavati, es también una tierra pura, un lugar al que no se puede acceder por medios ordinarios. Su entrada, sólo se abre a aquellos que han hecho méritos extraordinarios. Pero uno puede pedir, después de esta vida, el regalo de poder renacer en Shambhala, para recibir allí las enseñanzas de sus reyes sabios. Al menos, eso nos dice la enseñanza del kalachakra. Quien esté bajo la protección de los gobernantes de Shambhala, no debe temer a esa guerra final.

Shambhala y Occidente

Pero el mito de Shambhala, como todo lo que surge de oriente, tenía que llegar a ser conocido en occidente, antes o después. Durante siglos, Asia Central fue un lugar desconocido para los europeos, un territorio donde cualquier mito era posible. Si no, recordemos el "Libro de las Maravillas" de Marco Polo, en el que se unen historias inventadas con relatos verídicos, para dar forma a una obra colorida que excitó la imaginación durante siglos.

Los primeros europeos que mencionan a Shambhala en sus escritos son dos misioneros jesuitas portugueses, Esteban Cacella y Juan Cabral. En 1625, Cabral escribe: "Según mi parecer Shambhala no es China, sino lo que en nuestros mapas se denomina Gran Tartaria". El padre Cacella, que vivió durante más de veinte años entre los lamas de Shigatsé, también escribió acerca a la existencia de este "fabuloso país". Los monjes con los que convivía se ofrecieron a llevarlo a aquel lugar, aunque ese viaje, al parecer, no fue posible.

Otro europeo señala en sus escritos que la posición geográfica de Shambhala se sitúa entre los 45 y los 50 grados de latitud norte, más allá del río Syr Daria. Estamos hablando de Csoma de Korös, un gran filólogo húngaro que vivió en un monasterio del Tíbet entre 1827 y 1830.



La historia de Csoma de Korös merecería un espacio muy extenso, pero se puede resumir de la siguiente manera. Nacido en Transilvania en 1784, pero de origen húngaro, Csoma de Korös estudio teología y filología, destacando su interés en las lenguas orientales. Como sabemos la lengua magiar es una rareza en Europa, junto con el finlandés y la lengua vasca, el euskera. Csoma de Korös había escuchado de uno de sus maestros que los húngaros eran descendientes de grupos

étnicos asiáticos, así que decidió viajar a Asia para comprobarlo.

Csoma de Korös era un aventurero además de un estudioso. Caminando con una mochila a la espalda y sin más armas que un bastón, este valiente se unió a una caravana que cruzaba el continente asiático, simulando ser un comerciante armenio. Así llegó hasta Ladakh, en la zona del Himalaya que actualmente pertenece a la India. En 1823, Csoma de Korös ingresa como alumno en un monasterio budista de la zona de Zanskar en la cordillera del Hindu Kush. Allí aprendió el idioma tibetano y profundizó en el conocimiento del budismo. Gracias a esta experiencia, publicó la primera gramática del idioma tibetano y el primer diccionario tibetano-inglés en 1835.

La fama de este europeo apasionado por el Tíbet llegó a oídos del Dalai Lama, quien concedió a Csoma de Korös el privilegio de poder visitar la ciudad de Lhasa. Pero desgraciadamente, nuestro aventurero falleció a causa de la malaria en Darjeeling, a los pies del Himalaya, mientras preparaba el que iba a ser el gran viaje de su vida.

Un explorador de origen bengalés, Sarta Chandra Das, que trabajaba como espía al servicio de los británicos recorrió el Tibet en 1879 y en 1881. Este autor habla de Shambhala como de una utopía budista, donde floreció el budismo Mahayana. Comenta que puede ser la capital de los griegos orientales, lo que nos retrotrae a las expediciones guerreras de Alejandro Magno en tierras asiáticas y la antigua leyenda de que algunos de sus soldados fundaron una colonia de europeos en pleno corazón de Asia.

Otro aventurero, el explorador ruso Prievalski habla de lo que escuchó de sus guías locales en el centro de Asia:

> *"Otro cuento, muy interesante, se refiere a Shambhaling, una isla situada en los confines del mar nórdico. Abunda en ella el oro, y el trigo crece hasta una altura prodigiosa. La pobreza se desconoce en este país. La leche y la miel manan en Shambhaling".*

Esta Shambhaling se parece mucho, por su ubicación, a la mítica Thule, o a Hiperbórea, la tierra sagrada del Norte. Pero eso, sería tema para otro capítulo.

Otro viajero, Francke comenta que sus guías se apartan de vez en cuando del camino previsto, por temor a traspasar las fronteras invisibles de Shambhala. La gran viajera Alexandra David-Neel menciona también a Shambhala en una de sus obras. Y se cuenta que el VI Panchen Lama expedía "pasaportes a Shambhala" a aquellas personas dignas de entrar en el reino secreto.

Pero para hablar de Shambhala y su influencia en el imaginario occidental, no podemos dejar de nombrar a la fundadora de la Teosofía, Madame Blavatsky.

Helena Petrovna Blavatsky fue una pensadora, ocultista y escritora nacida en Rusia en 1831 y fallecida en Londres en 1891. Blavatsky era una mujer notable, con talento para el arte y muy interesada en el esoterismo. Se dice de ella que tenía poderes psíquicos, aunque algunos críticos la acusan de farsante.

Blavatsky es bien conocida por obras como "Isis sin Velo" o "La Doctrina Secreta". Fundó la Sociedad Teosófica en compañía de su gran amigo, el Coronel Henry Olcott en 1875. Sus primeras obras se centran en una crítica del cristianismo, pero a raíz de sus viajes a India y Ceilán, que por entonces formaban parte del Imperio Británico, Blavatsky se involucró en el estudio del Budismo. La Sociedad Teosófica se instaló en la India, pero después de varias

controversias, Blavatsky y Olcott volvieron a Gran Bretaña, donde ella siguió trabajando en sus escritos hasta el final de su vida.



Una de las cuestiones más interesantes al respecto de los libros de Blavatsky es que ella misma reconocía que una parte de los mismos era escrita con ayuda de los Mahatmas. Los Mahatmas (una palabra que significa literalmente "grandes almas") eran seres que podían transferir su conciencia al cuerpo de la autora. Tal proceso, según ella, no tenía relación con la mediumnidad tan de moda por aquella época, puesto que los mahatmas no eran espíritus de seres fallecidos, sino seres humanos que poseían cuerpos físicos. Como veremos más adelante, algunos de estos mahatmas establecieron contacto directo con ciertos seguidores del mito de Shambhala.

Estos mahatmas habitaban, según Blavatsky, en el Tíbet, y no sólo se comunicaban con ella, sino que escribían cartas a algunos de sus seguidores, como el periodista A.P. Sinnett. Los nombres de algunos de estos mahatmas eran Morya o Kut Humi. Y hay que decir que estos maestros, a los que se han añadido un séquito de ayudantes y compañeros, siguen siendo importantes en muchos círculos esotéricos vinculados a la denominada "nueva era".

En la Doctrina Secreta, Blavatsky menciona varias veces a Shambhala para decirnos que se trata de una ciudad "fabulosa", donde habitan los maestros y en especial, el maestro de maestros, el Buda. Blavatsky se refiere a los habitantes de esta ciudad como la "Fraternidad de Shambhala" y dice que esta ciudad está ubicada "mucho más allá de las nevadas cimas de los Himalayas".

En alguna otra parte, menciona que Shambhala es también una isla situada en el desierto de Gobi, un desierto que, en la antigüedad más remota, era un mar. Gobi es denominado "Shamo" por Blavatsky (en realidad, shamo es un término chino para los desiertos arenosos). Se le denomina también el "Mar de la Sabiduría", en torno al cual había doce islas pequeñas que representaban a los doce signos del zodíaco. Tras la última glaciación, el desierto de Gobi quedaría convertido en lo que hoy conocemos, una vasta llanura ubicada al norte del Tíbet y en la zona sur de Mongolia. En medio de esta llanura resplandecería la antigua isla de Shambhala, convertida hoy en una montaña.

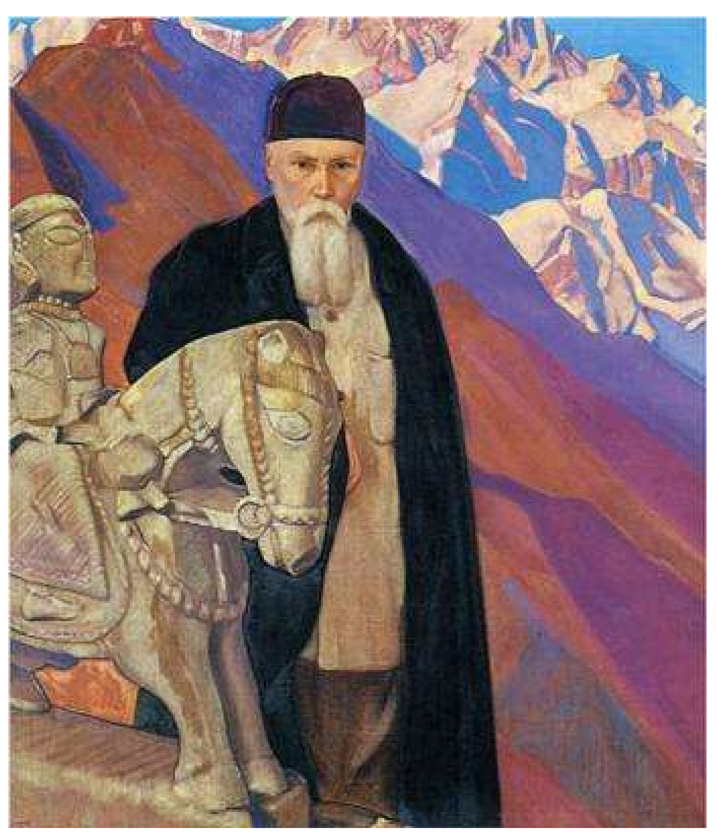
Pero el mayor seguidor occidental del mito de Shambhala, así como su principal exponente es, sin lugar a dudas, el ruso Nicolás Roerich, quien formó un equipo investigador en compañía de su esposa Helena y sus hijos Yury y Svetoslav

Para entender a los Roerich, es preciso tener claro que su interés por Shambhala está enmarcado en la doctrina de Blavatsky. De hecho, Helena Roerich fue traductora de Blavatsky al ruso, y creó, junto a su esposo, un nuevo sistema filosófico y religioso conocido como el Agni Yoga o Yoga del Fuego. Un sistema de creencias dictado por uno de los maestros ascendidos de la tradición teosófica, el mahatma Morya.

La familia Roerich, no sólo investigó el mito de Shambhala en textos y a través de numerosas entrevistas con monjes y autoridades budistas, sino que estaban convencidos de la existencia

real, física, de Shambhala. Así que se empeñaron en buscar a Shambhala a través de las vastas extensiones de Asia Central, y según se dice, la encontraron.

La familia Roerich



Nicolái Konstantinovich Roerich nació en la ciudad de San Petersburgo y bajo el signo de Libra, el 9 de octubre de 1874.

Su padre Konstantin era un importante notario de origen escandinavo, mientras que su madre María, era descendiente de una familia de la antigua nobleza rusa. La infancia de Nicolás Roerich transcurrió entre San Petersburgo y el pueblo de Izvara, donde su padre tenía una casa de campo. Allí, el espíritu del pequeño Nicolás se abrió muy pronto a descubrir los sonidos y las imágenes de la naturaleza. Una Naturaleza salvaje que desde ese momento sería tan importante en su vida y que plasmaría en toda su obra.

Nicolás aprendió a leer muy pronto, y sintió interés por la literatura, la poesía y el teatro. Pero el terreno en el que de verdad comenzó a mostrar su maestría desde muy temprana edad fueron el dibujo y la pintura. Con cinco años, sus padres le llevaron a conocer dos ciudades antiguas de Rusia, Pskov y Ostrov. Este viaje a los orígenes de la Madre Rusia le causó una honda impresión. Pero aún debería abrirse en él otra vía de conocimiento y de curiosidad. Con nueve años, Nicolás acompañó a un arqueólogo a realizar excavaciones en los túmulos cercanos a su localidad. En ese momento, encontró una de las pasiones que le acompañarían de por vida, el amor por la arqueología, por el pasado. La satisfacción de desenterrar con sus propias manos los restos de civilizaciones perdidas, de épocas ya olvidadas de la humanidad.

Haciendo un alto en el camino, me pregunto, dónde nacen nuestras pasiones. En qué momento de la infancia o de la juventud, sentimos la vibración que emite aquello que nos va a enamorar toda la vida. El nacimiento de la vocación. Una vocación que anticipa una vida de búsquedas. ¿Qué misterio hay ahí? ¿Es algo que viene grabado en el alma, en el ADN, en la memoria familiar? ¿Es algo que perdura de una vida anterior? ¿O es algo que nace y muere con esta existencia? ¿Por qué algunas personas hemos sentido esa llamada desde muy niños? ¿Por qué otros jamás la sentirán? ¿Por qué hay seres que no sienten vocación por nada, ni un interés particular en nada? Si en tus primeros años sentiste prender esa llama de la vocación, del interés, de la curiosidad. ¿Qué has hecho para alimentarla hasta hoy? ¿Qué harás para que siga viva? Son preguntas lanzadas al aire.

Y volvemos a Nicolás Roerich, a sus primeros dibujos, a sus clases de pintura bajo la dirección del pintor Mikeshin.

Nicolás deseaba estudiar bellas artes, pero su padre consideraba que el derecho sería más apropiado para él. Al fin, padre e hijo llegan a un acuerdo. Nicolás se matricula, de manera simultánea, en la facultad de Derecho y en la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo en 1893. Aun así, Nicolás tuvo que renunciar a ingresar en la facultad de Historia, pero no por ello dejó de tomar algunas clases por su cuenta.

En la Academia, tuvo como maestro al pintor Kuinjy. Éste, se dio cuenta de las cualidades de su joven aprendiz, y más que instruirlo, le permitía pintar a su voluntad, reconociendo que cualquier enseñanza formal podría desbaratar su genio natural. Kuinjy fue también un maestro de vida, un auténtico mentor del joven Nicolás, instruyéndole en temas más trascendentes que el arte. Al finalizar sus estudios en la Academia, Nicolás ya era un pintor de técnica depurada y muy maduro, tanto artística como personalmente.

Muy pronto, la vida le prepararía un encuentro de esos que parecen predestinados desde antes de nacer. El siglo XIX llegaba a su fin, y él estaba a punto de conocer a la que, desde entonces siempre consideró su alma gemela, Helena.



Helena Ivávnovna Sháposhnikova había nacido bajo el signo de Acuario, el 12 de febrero de 1879 en la misma ciudad de San Petersburgo. Su padre era un renombrado arquitecto, y su madre descendía de la nobleza, igual que la madre de Nicolás. Era biznieta de un gran general ruso, héroe de la guerra contra Napoleón en 1812, y sobrina del famoso compositor Músorgski.

Helena creció como una niña de gran sensibilidad, siempre dispuesta a cuidar de los animalillos enfermos que encontraba. Una criatura que sufría ante cualquier acto de crueldad o de injusticia. Su infancia transcurrió entre su ciudad natal, San Petersburgo, y la casa de campo de su tía en la localidad de Bólogo. Allí como le sucedía con el joven Nicolás, Helena disfrutaba de la naturaleza, conectando con ella de un modo muy emocional, muy profundo.

Helena demostró, desde muy pequeña, cualidades poco ordinarias. A los siete años tuvo la visión de una gran bandera desplegada en los cielos. Anteriormente, en un paseo matinal por el parque, la pequeña Helena había divisado a lo lejos la figura de un hombre extraordinario. Detrás de un manzano florecido, surgió un ser vestido de blanco. De algún modo, ella sintió que aquel hombre era el Maestro de la Luz, y se sintió conmovida por el éxtasis de esa contemplación. En sus épocas de enfermedad, Helena percibía cómo acudían a visitarla dos hombres de elevada estatura que nadie más podía ver. Estos hombres, vestidos a la manera hindú, sanaban su corazón mientras la observaban atentamente.

Dotada de una gran inteligencia, con siete años, Helena podía leer, aparte de su lengua materna, en francés y en alemán. Uno de sus libros favoritos era la Biblia, y se cuenta que desde pequeña solía cargar una enorme biblia ilustrada, muy pesada para sus débiles manos, pero que para ella contenía un tesoro en forma de bellas imágenes de Jesús.

Muy pronto se hizo notar su carácter independiente e inquisitivo. Aprendió a tocar el piano, y se interesó por temas como el arte, la historia, la filosofía y la espiritualidad. De hecho, su interés por las religiones orientales comenzó muy temprano. A pesar de que obtuvo la medalla de oro al finalizar sus estudios secundarios y aunque tenía grandes dotes como pianista, su familia interrumpió su carrera musical. Temían que se uniera al movimiento revolucionario que

comenzaba a florecer en Rusia. De modo que Helena tuvo que continuar su educación en casa, donde perfeccionó su conocimiento de los idiomas y siguió leyendo acerca de todos los temas que le interesaban de manera autodidacta.

Cuando Helena tenía veinte años, y mientras pasaba el verano de 1899 en Bólogo, conoció a Nicolás. Él había acudido a la zona para trabajar con el tío de Helena, que era un reconocido arqueólogo. Pero el tío no se presentó, así que Nicolás permaneció durante tres días en la casa familiar de Helena. El flechazo entre ambos fue de inmediato, y en esos tres días, descubrieron que tenían intereses comunes en el mundo del arte, la música y la espiritualidad. Cuando volvieron a San Petersburgo, se convirtieron en inseparables. Iban juntos a todos los actos culturales de la ciudad y con frecuencia se encontraban para hablar de sus temas comunes de interés.

Hay que decir que Helena había rechazado a muchos pretendientes, puesto que no estaba dispuesta a unir su vida con un hombre común. Ella esperaba conocer a alguien que tuviera sus mismas inquietudes artísticas y espirituales, y al fin, sintió que ese hombre era Nicolás Roerich.

Así dio comienzo una historia de amor, viajes, investigación, arte y espiritualidad que se prolongó durante casi cincuenta años. La familia de Helena, que ya por entonces era huérfana de padre, no era partidaria de la unión, pero un acontecimiento vino a cambiarlo todo. Helena soñó tres veces seguidas con su difunto padre, que le decía: "Helena, cásate con Nicolás". En el tercer sueño, agregó. "Para la fiesta de la Ascensión, todo se arreglará, todo estará bien". Y así fue. La boda entre Nicolás y Helena se celebró en San Petersburgo el 28 de octubre de 1901, después de que Nicolás regresara de un viaje de exploración artística por Europa.

La unión entre Nicolás y Helena se puede resumir muy bien en estas palabras escritas por él en los últimos años de su vida:

> *"Superamos amistosamente todos los obstáculos. Y los obstáculos se convirtieron así en posibilidades. Por eso dedico mis libros a Helena, mi esposa, amiga, compañera e inspiradora".*

Muy pronto, la pareja tuvo su primer hijo, Yury, que nació el 16 de agosto de 1902 en una aldea de Novgorod, mientras sus padres participaban en una excavación arqueológica. Dos años más tarde, el 23 de octubre de 1904, vino al mundo Svetoslav, el segundo hijo de la pareja.

Svetoslav escribió su infancia un texto que nos ayuda a entender el carácter de su madre, y la educación y cuidados que recibieron tanto de ella como de su padre.

> *"Mi madre era una mujer, esposa y madre magnífica. Respetó nuestros intereses, aspiraciones, sentimientos. Nunca insistió en nada, nunca nos forzó, sino que siempre nos dio todo lo que necesitábamos en nuestro camino. Mi hermano se interesó por la historia desde los primeros años de su vida y ella cuidadosamente reunía los libros que él necesitaba, los que le pudieran ayudar. También iba con él a museos, instituciones, que le pudieran orientar… De pequeño a mí me interesaron las ciencias naturales, la ornitología y la zoología. Pues bien, Helena Roerich me encontraba todos los libros necesarios, que sólo ella podía conseguir. Nos compraba los pájaros disecados, hallaba para nuestras colecciones insectos y escarabajos. Además, me interesaron las piedras preciosas, la mineralogía, así que también me proporcionaba toda clase de piedras, incluidas las de los Urales y otras. Desde la niñez yo tuve una colección grande, que incluía también la de mi padre y la de sus hermanos, quienes las coleccionaron durante sus años estudiantiles. Así que nuestro pequeño mundo se llenó, entonces, de sensaciones. Delante de nuestros ojos se abría un mundo nuevo y rico. Siempre estábamos presentes durante las*

> *conversaciones de Nicolás y Helena Roerich, escuchábamos todo lo que decían. Esto nos influyó mucho… Desde los años infantiles yo me dediqué al arte: pinté, modelé. Y esto para mí era probablemente lo más importante."*

Los años que median entre el nacimiento de ambos hijos son muy interesantes para conocer el devenir futuro de la familia Roerich. Entre 1903 y 1904, viajaron por Rusia, visitando al menos, cuarenta ciudades antiguas. Su objetivo era encontrar las raíces de la historia y la cultura nacional. Nicolás ejecutó grandes cuadros, mientras que Helena se dedicó a fotografiar iglesias, monumentos, pinturas y ornamentos. Helena aprendió también el arte de la restauración pictórica, y trabajo en la recogida y catalogación de más de 300 piezas de arte que luego fueron donadas al Museo Hermitage.

En 1912, Nicolás tiene una visión espantosa, que plasma en su lienzo: "El último ángel". En este cuadro, un ángel armado con lanza y escudo, baja a la tierra envuelto en una nube rojiza. A sus pies, ciudades y bosques arden en llamas. Los colores de este cuadro y la mirada fiera del ángel son un presagio de la guerra que estallaría dos años después. Como sucedió con Carl Gustav Jung, que tuvo una visión premonitoria de la Gran Guerra en 1913, el alma sensible de Nicolás Roerich, presintió la terrible conmoción que estaba a punto de suceder.

Entre 1909 y 1916, la familia Roerich viajó por Italia, Alemania, Inglaterra y Holanda. Esto ayudó a que los hijos de la pareja tuvieran una visión del mundo muy amplia, pero también les obligaba a estudiar a toda prisa y en diversos idiomas. Fruto de este ambiente, ambos se consagraron como grandes figuras en los campos de la historia y el arte. En concreto, el mayor fue un destacado tibetólogo, mientras que Svetoslav se convirtió en un pintor reconocido.

Estos son los años en los que Nicolás se dedicó plenamente al mundo del teatro, creando decorados para diferentes obras. Es el tiempo en el que los ballets rusos comienzan a ser conocidos en Europa y personajes como Nijinski asombran al público. En 1909 se presenta la obra de Rimsky-Korsakov, "Iván el Terrible", con decorados y vestuario diseñado por Nicolás. Aunque su momento más destacado se da en París en 1913, con el accidentado estreno de "La Consagración de la Primavera" de Igor Stravinsky. Como es sabido, esta obra causó una enorme controversia, hasta el punto de que los gritos y abucheos del público impidieron escuchar la música.

Para Nicolás, lejos de ser un fracaso, el tumultuoso estreno de la música de Stravinsky y la coreografía de Nijinsky estuvieron en sintonía con el contenido de la propia obra. Nicolás interpretó la Consagración de la Primavera como una manifestación del espíritu ancestral de la Rusia pagana. En palabras del propio Nicolás: "la hermosa cosmogonía de la tierra y el cielo". Él intentó expresar los ritos primitivos del hombre antiguo, y cómo éste agradece la llegada de la primavera, traída de la mano por el Dios Sol. Así, la reacción primitiva del público, sus abucheos, estaban, según Nicolás, en consonancia con el espíritu pagano, festivo y sacrificial del drama musical.

En 1916, Nicolás enfermó de neumonía y el médico le indicó que debía acudir a un lugar más saludable para recuperarse. La familia al completo viaja a Sortavala en Finlandia. En ese tiempo tumultuoso, en medio de la Gran Guerra europea, Finlandia pertenecía al Imperio Ruso, y no estaba demasiado lejos de San Petersburgo, donde Nicolás ejercía como director en la Sociedad de Estimulación del Arte. A orillas del Lago Ladoga, Nicolás comienza a pintar cuadros que muestran la naturaleza del país, al tiempo que se recupera lentamente de su enfermedad.

En octubre de 1917, al tiempo que las noticias del frente de guerra eran cada vez más sombrías para Rusia, estalla la Revolución Bolchevique. Poco después, Finlandia se convierte en un país independiente. Para los Roerich este doble suceso significa quedar atrapados en una nación que ya no era la suya. Como no tienen medios para abandonar la zona, deciden quedarse en Sortavala hasta 1919.

Fue en ese tiempo, y según recordó más tarde Svetoslav, cuando el matrimonio Roerich se hizo el firme propósito de viajar a la India, un país que les fascinaba desde hacía muchos años. Para los Roerich, la India y Rusia tenían ciertos puntos de contacto histórico que debían estudiar. Pero más allá del viaje físico que tanto anhelaban, los Roerich emprendieron un viaje interior de gran importancia. En los años de Finlandia, Nicolas y Helena sintieron que se había establecido una relación entre ellos y las Grandes Almas del Himalaya. Aprendieron a sentir la conexión con un Gran Maestro, Morya. Y poco a poco, empezaron a recordar sus vidas pasadas. Fue en este tiempo de aparente soledad y alejamiento, cuando los Roerich trazaron el mapa de su vida futura.

Ese mapa tenía como centro la India, pero para llegar a ese país, antes tuvieron que realizar otros viajes. El primer punto de su periplo desde Finlandia fue Estocolmo, y desde allí, viajaron a Londres para una exposición en 1920. En la capital británica, Nicolás conoció al gran poeta Rabindranath Tagore. Entre ellos surgió una amistad instantánea.

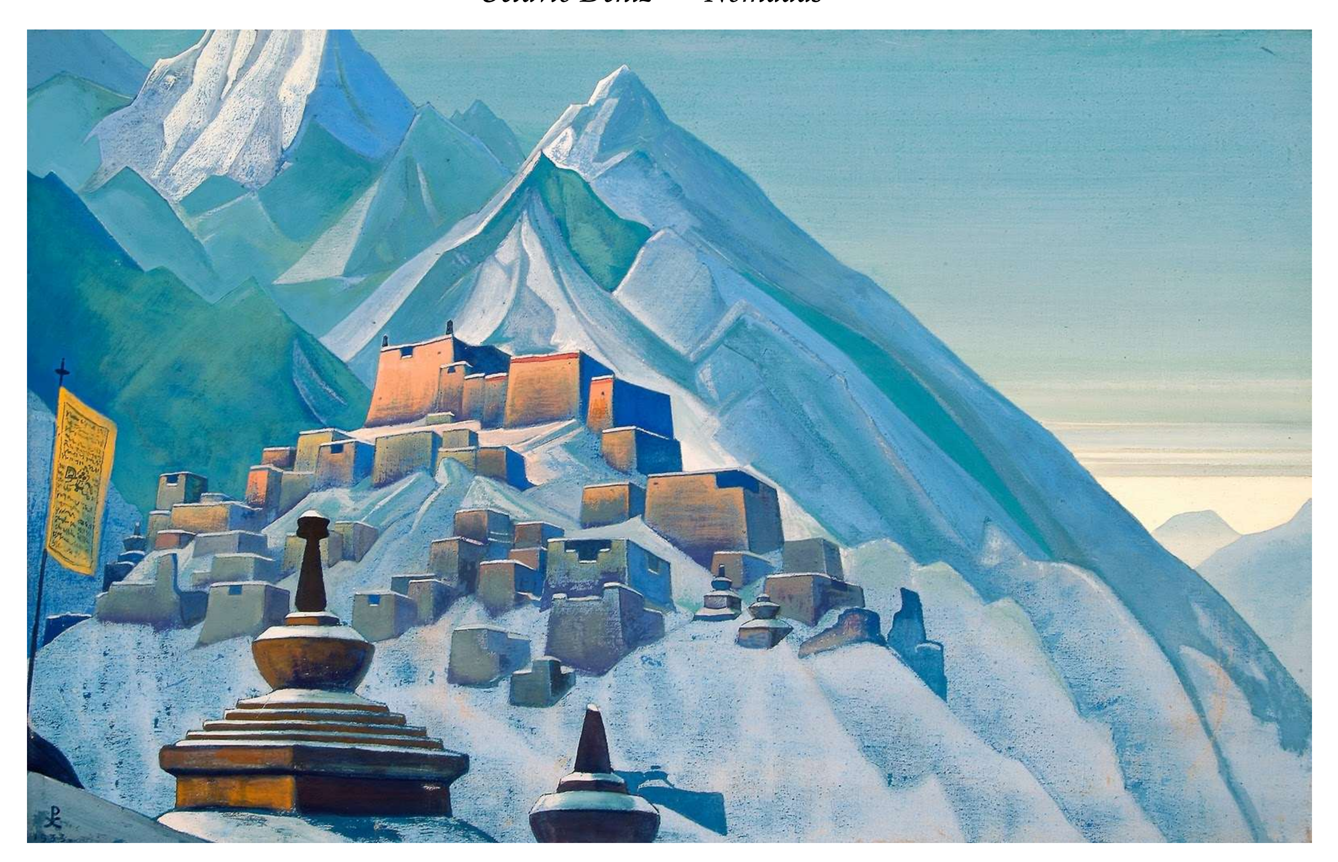
Pero en Londres también sucedió un acontecimiento relevante. Helena declaró que había conocido en persona a dos grandes Maestros de la tradición teosófica: Morya y Koot Hoomi. Durante la estancia de esos Grandes Maestros en Londres, se escribieron las primeras líneas de una enseñanza que, con el tiempo, tomaría el nombre de Agni Yoga (Enseñanza del Fuego), también llamado la Ética Viviente. Esta enseñanza fue dictada en primer término a Nicolás en 24 de marzo de 1920. Pero realmente fue Helena quien canalizó, hasta el final de su vida, el resto de los catorce volúmenes de textos revelados.

Así que ya tenemos una revelación, y una profeta. Pero esta historia aún está comenzando.

Estados Unidos reclamó a los Roerich y ellos se embarcaron hacia el Nuevo Mundo en diciembre de 1920, en un periplo que, aparentemente, les llevaba cada vez más lejos de la ansiada meta, la India. Pero los Grandes Maestros, si hemos de creer en ellos, tenían otros planes para la familia. Los cuadros de Roerich se presentan en 28 ciudades, y Nicolás aprovechó para crear la escenografía y el vestuario de ciertas producciones teatrales. Además de dar conferencias, se crearon instituciones culturales, como la que dio origen a lo que actualmente es el Museo Roerich de Nueva York. Pero en el interín, los Roerich siguen planificando su anhelado viaje a Asia. Preparando el periplo, los hijos de los Roerich se empeñaron aún más en sus estudios. Antes de cumplir los 21 años, Yury, el hijo mayor, dominaba 12 idiomas y se podía comunicar en otras 10 lenguas más.

El 8 de mayo de 1923, la familia abandona Estados Unidos y se dirigen a París, donde Yury estaba completando sus estudios. Por fin, el 17 de noviembre, parten en barco de vapor rumbo a la India, llegando a Bombay el 2 de diciembre. Por fin, los Roerich habían llegado a su destino.

Asia se abría ante ellos.



En la época, el subcontinente indio era una colonia británica y las autoridades locales no vieron con buenos ojos la llegada de esta familia de rusos. No hay que olvidar que el Reino Unido y Rusia habían luchado para controlar el Tibet, un territorio estratégico ubicado entre China e India.

Hablaré de estos temas de geopolítica, del Gran Juego, un poco más adelante.

Los Roerich hicieron una rápida visita a varias ciudades emblemáticas de la India: Jaipur, Agra, Sarnath, Benarés y Calcuta. En total 3000 kilómetros en un mes. Pero cuando llegaron a Darjeeling, en Sikkim, quedaron detenidos durante unos meses. Ellos querían entrar en el Tíbet y visitar su capital, Lhasa, pero las autoridades británicas pusieron todo tipo de impedimentos, hasta que por fin pudieron realizar este viaje.

A finales de 1924, Nicolás se va a América y Europa para realizar diversas gestiones. En Estados Unidos recibe el permiso oficial para llevar la bandera norteamericana en su próxima expedición por Asia Central. En Berlín visita la Embajada soviética para solicitar un visado para entrar en Moscú. Cuando tiene que rellenar el apartado acerca de la finalidad del viaje, contestó: "por encargo de los Mahatmas". A la vuelta a la India, Nicolás visita Indonesia y Ceilán. Al fin, en la primavera de 1925, la familia se reúne de nuevo en Darjeeling. Fue un encuentro breve, puesto que Svetoslav, el hijo menor, partió a Estados Unidos a dirigir el Museo Roerich de Nueva York.

En marzo de 1925, Nicolás, Helena y Yury se trasladan a Kashmir, en Shrinagar, y desde allí emprenden el camino hacia el Tibet. En esta primera expedición, cruzaron de sur a norte por la parte occidental de la meseta tibetana, en un viaje que se desarrolló en unas condiciones durísimas. Yury actuaba como responsable de la defensa de los expedicionarios, ya que había recibido instrucción militar. En esta expedición, Nicolás pintó nada menos que 500 cuadros y bocetos, mostrando los paisajes del Tibet en un estilo muy personal.



La expedición duró varios años, período en el que recorrieron 25.000 kilómetros, superando 35 puertos de montaña en el Himalaya, y cruzando innumerables ríos. Los Roerich recopilaron en su periplo, libros antiguos, obras de arte, objetos arqueológicos, muestra botánicas y geológicas, además de establecer contacto con los lugareños de cada zona y anotar sus leyendas orales y tradiciones. En resumen, se reunió un material de enorme valor sobre regiones prácticamente desconocidas hasta entonces.

El arte pictórico de Nicolás adquiere entonces su mayor esplendor. Empleando colores puros, con muy pocos trazos de dibujo, los cuadros nos sumergen en un territorio de cuento de hadas, un mundo de sueños. Refleja el universo de oriente, no sólo en las formas, en los paisajes, en los edificios, en las vestimentas de los personajes que retrata, sino que también lo hace en la atmósfera, en el sentimiento meditativo que desprenden sus imágenes. Es como un sueño hiperrealista, pero al mismo tiempo mágico y sobre todo, silencioso. Porque la pintura de Nicolás Roerich es una pintura del silencio, un arte que invita a una mirada recogida.

Siguiendo su ruta, los expedicionarios entraron en la Rusia Soviética en mayo de 1926. En junio, alcanzaron Moscú, donde Nicolás entabló contacto con las autoridades revolucionarias. Se obsequió al pueblo ruso con un cuadro: "Maitreya el Conquistador", y se entregó un cofre de tierra de suelo tibetano para ser colocada en la tumba de Lenin. Nicolás recibió permiso para investigar en Altai, donde Helena canalizó el tercer libro de sus Enseñanzas, llamado "Comunidad". Este libro fue publicado en Ulan Baator, la capital de Mongolia.

Allí llegaron el 9 de septiembre de 1926, y se quedaron hasta el 13 de abril del año siguiente, mientras se hacían los preparativos para el largo viaje que los llevaría de nuevo a cruzar el Tíbet, esta vez de norte a sur y por la zona oriental del país. En Mongolia, se unió a la expedición un médico, el doctor Ryabinin, y dos adolescentes de una familia cosaca, las hermanas Lida y Raya Bogdanova.

La idea inicial era cruzar el Tíbet entre el verano y el otoño, para regresar de nuevo a Darjeeling, pero los ingleses obligaron a la caravana a detenerse a pocos días de camino de Lhasa, la capital tibetana. Durante cinco meses, los viajeros quedaron en tierra de nadie, soportando un frío atroz y casi sin alimentos. Las duras condiciones provocaron la muerte de cinco tibetanos que los acompañaban. Pero la familia Roerich sobrevivió y por fin, el 4 de marzo de 1928, se pusieron de nuevo en camino. Aun así, se les prohibió entrar en Lhasa y tuvieron que seguir una durísima ruta a través de la meseta tibetana.

Cuenta el doctor Ryabinin, que cuando los expedicionarios estaban a punto de cruzar el río Brahmaputra, los Roerich recibieron un mensaje de sus maestros espirituales. El matrimonio debía tomar otro rumbo para encontrarse con los emisarios de Shambhala. Poco se sabe de lo que ocurrió, puesto que no hay constancia directa de ello en los escritos de los Roerich y ni siquiera su hijo Yury hace mención en su obra "Viajes por el Asia Profunda". Así que solamente podemos imaginar qué ocurrió en esos días.



Sin duda, este encuentro era el propósito central del viaje para los Roerich, y de alguna manera, podemos suponer que lo cumplieron.

Al fin, toda la expedición llegó sana y salva a Darjeeling, en la India el 28 de mayo de 1928, donde se reunieron con el hijo menor, Svetoslav, que había regresado de Estados Unidos.

Los Roerich deciden entonces instalarse en una zona del norte de la India, el Valle de Kulu, al oeste del Himalaya. Allí fundan un instituto de investigación encargado de catalogar y difundir todos los tesoros obtenidos en su viaje. El centro se denominó "Urusvati", que significa "Luz de la Estrella Matinal". Este era el nombre por el cual Helena denominaba a su Maestro Espiritual. El instituto, cuya dirección recayó en Yury, se dedicó a traducir libros antiguos a las lenguas europeas, se estudiaron dialectos y obras de arte casi olvidadas. Se recopiló información sobre la medicina tibetana y sobre plantas medicinales. Se realizaron excavaciones arqueológicas y se crearon colecciones botánicas y zoológicas. Además, las colecciones del instituto se vieron ampliadas con la expedición que Nicolás y Yury realizaron por Manchuria y China entre 1934 y 1935.

1935 fue también un año muy importante para los Roerich. El 15 de abril, se firmó en Washington el denominado "Pacto Roerich", también conocido como "Bandera de la Paz". La idea de este pacto proviene de las primeras exploraciones de Nicolás a través de Rusia, cuando observó el mal estado de conservación de muchos monumentos antiguos. El Pacto, establecía la protección de los lugares históricos o de interés artístico para tiempos de guerra, ubicando sobre ellos una bandera que operara de manera similar a la de la Cruz Roja.

La Bandera de la Paz consta de tres círculos rojos que forman un triángulo con el vértice hacia lo alto, rodeados por una circunferencia también roja. Este símbolo fue adoptado por Nicolás, ya que es un ornamento que se encuentra a través de todos los tiempos y culturas. Los tres círculos representan el Arte, la Ciencia y la Religión. Aunque también pueden ser asimilados al presente, el pasado y el futuro. El círculo que les envuelve es la totalidad de la cultura, que debe ser protegida, o también, la eternidad del tiempo que está más allá del devenir.

Pero no fue precisamente la paz lo que reinaría en los siguientes años en el mundo. Con la con la llegada de la Segunda Guerra Mundial, el centro Urusvati fue cerrado. La familia siguió viviendo en el Valle de Kulu hasta 1948, aunque ya Svetoslav se había mudado con su esposa, la actriz Devika Rani a Bangalore en 1945.

El matrimonio Roerich deseaba fervientemente volver a Rusia, pero eso ya no fue posible. Nicolás falleció el 13 de diciembre de 1947, con 73 años. Su cuerpo fue cremado y sus cenizas esparcidas por la ladera de una montaña que mira hacia los Himalayas. El maestro había dejado una herencia cultural inmensa. Aproximadamente 7.000 cuadros y más de 30 libros publicados, así como numerosos artículos sobre diversos temas. Pero por encima de todo, su contribución a la paz y la cultura mundiales plasmados en el Pacto Roerich.



Helena se trasladó con su hijo mayor a Kalimpong, en India, en una casa desde se divisa el Kanchenjunga, una de las puertas de entrada a la mítica Shambhala. Allí siguió escribiendo libros y cartas, trabajando en la difusión de su doctrina, el Agni Yoga, a través de los mensajes de sus Maestros Espirituales. Helena quiso volver a Rusia, pero no fue posible. Las autoridades soviéticas no le concedieron el visado y falleció el 5 de octubre de 1955 a los 75 años de edad. Sus cenizas reposan en una estupa que mira al Kanchenjunga.

A la muerte de Helena, Yury consiguió permiso para volver a Rusia, donde hizo todo lo posible para que las obras de sus padres recuperaran la importancia que merecían. Estableció un instituto de Tibetología en Moscú, a pesar de contar con grandes enemigos dentro del régimen comunista. Agotado, falleció en 1960 a los 57 años de edad, y fue enterrado en Moscú, en un panteón diseñado por su hermano menor.

Svetoslav, por su parte, vivió el resto de su existencia con su esposa en India. En 1989 propuso al presidente Gorbachov fundar el museo Nicolás Roerich en Moscú, adonde cedió toda la colección familiar. El último de los Roerich falleció en Bangalore, en 1993 a la edad de 88 años.

El Gran Juego

Cuando hablé de los Roerich y sus viajes por Asia, me refería a los problemas que tenían para cruzar la frontera tibetana debido a las reticencias británicas. Pero ¿por qué ocurría esto y qué importancia tiene en nuestra indagación sobre Shambhala?

Aquí entramos en el terreno de la geopolítica, y esto nos servirá para entender ciertas claves acerca de la inaccesibilidad de Shambhala, de por qué aún hoy, el mito de un reino en medio de los Himalayas, sigue teniendo adeptos.

Entre el siglo XIX y comienzos del siglo XX, Asia era un tablero de juego bajo el control de dos grandes potencias. Por el norte, el Imperio Ruso se extendía por regiones de Turquestán, Turkmenistán, Siberia y Mongolia. Por el Sur, el Imperio Británico tenía el control de los territorios que hoy conocemos como las naciones de India, Pakistán, Bangladesh o Afganistán. Ambos imperios se beneficiaban de una China debilitada que apenas ejercía un control nominal sobre Mongolia y el Tíbet.

Entre Rusia e Inglaterra se estableció una suerte de guerra fría, conocida como "El torneo de las sombras" o más popularmente como el "Gran Juego". El Reino Unido quería mantener a toda costa su dominio sobre su colonia más importante, la India, y temía una invasión rusa desde Afganistán. Pero para los rusos, Asia Central era un lugar donde obtener materias primas, así que no tenían un interés real en atacar al poderoso ejército británico estacionado en la India.

Los países que más sufrieron esa guerra fría fueron los estados limítrofes entre ambos imperios: Persia, Afganistán y el Tíbet. En Persia, el actual Irán, los británicos intentaron crear consulados y trazaron un ferrocarril para ganar el apoyo del Shah. Pero los rusos contraatacaron ofreciendo créditos al gobernante persa. En Afganistán, el ejército británico se empleó en dos guerras sin que se llegara a una paz real con los belicosos afganos.

A comienzos del siglo XX, el Gran Juego estaba en su punto álgido, pero diversos acontecimientos ayudaron a rebajar la tensión entre las dos potencias. Por un lado, los británicos se vieron envueltos en la Segunda Guerra de los Boers, en Sudáfrica. Al tiempo, el Imperio Ruso entró en guerra con Japón y tuvo que atender a los conflictos que siguieron a la Revolución fallida de 1905. Así que, en 1907, ambos países firmaron el Tratado Anglo-Ruso de Mutua Cordialidad que ayudó a que países como Persia, Afganistán y Tíbet alcanzaran o afianzaran la independencia.



Caricatura que muestra a Afganistán entre Rusia (el oso) e Inglaterra (el león)

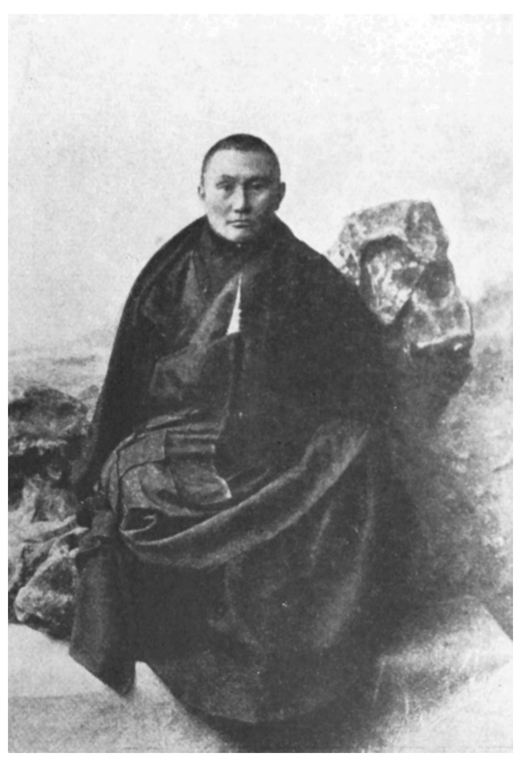
En medio de este escenario, los exploradores, los espías y los diplomáticos se convirtieron en una herramienta clave. Ambos imperios usaron a diversos personajes para este juego, y no es de extrañar, en este contexto, que una familia rusa como eran los Roerich despertara muchas suspicacias entre los británicos.

En el caso del Tíbet, hay que hablar de un oscuro personaje. Un individuo que tuvo un poder no reconocido en ningún libro de historia. Este personaje era un budista ruso, un monje llamado Agvan Dorjiev.

Agvan Dorjiev

Agvan Dorjiev nació en la región cercana al Lago Baikal, en Siberia, en 1854. Pertenecía a la etnia Buriata, un grupo étnico que se había incorporado al Imperio Ruso a finales del siglo XVIII. Habiendo sido criado por unos padres budistas, una religión que es común aún hoy entre los buriatos, Dorjieff estuvo siempre interesado en la vida religiosa. Contrajo matrimonio a una temprana edad, pero pronto abandonó a su esposa para tomar votos de celibato.

Con diecinueve años, Dorjieff viajó al Tibet con su maestro para encontrar a un tulku, un monje reencarnado de la tradición mongola. Una vez en Tíbet aprovechó para profundizar en sus estudios budistas. A los veintiún años, Dorjieff salió de Tíbet debido a una ley que prohibía a los extranjeros residir en Lhasa. Viajó a Mongolia y allí tomó los votos completos de un monje budista. Pronto volvió a Lhasa y realizó copiosas donaciones a diversos monasterios. Probablemente este fue el motivo que permitió que él, un ruso, pudiera permanecer en el país prohibido y profundizar sus estudios.



No cabe duda de que Dorjieff era un hombre de inteligencia superior a la media. En apenas ocho años, alcanzó los más altos grados académicos en el sistema educativo religioso del Tíbet. Pero quizá fueron sus donaciones económicas, las que allanaron el camino para pasar los exámenes monásticos. Ahora bien ¿de dónde provenía el dinero que Agvan Dorjieff manejaba con tanta generosidad?

Gracias a sus mentores, Dorjieff se convirtió en uno de los tutores del Decimotercer Dalai Lama, Tubten Gyatso. En particular, su contribución a la educación del joven soberano consistió en entrenarlo para los debates que son tan comunes en la educación de los monjes tibetanos. A partir de aquí, se estableció una relación personal muy cercana entre ambos hombres. Con este movimiento, Dorjieff, un ruso, había accedido al puesto de mandos de la política tibetana.

En el tiempo del Gran Juego, en el que el Tíbet estaba aprisionado entre dos grandes imperios, Dorjieff fue un elemento fundamental de la política rusa. A finales del siglo XIX, el Tíbet estaba bajo el control nominal del Imperio Chino, que se encontraba en un período de decadencia. Así que era el momento propicio para que Dorjieff convenciera a su amigo el Dalai Lama, un hombre joven e ignorante de la política internacional, para buscar el apoyo del Zar de Rusia contra el poder del Imperialismo británico.

Entre 1898 y 1901, Dorjieff consiguió ser recibido tres veces por el Zar Nicolás II en San Petersburgo, adonde acudió como una especie de embajador del Tíbet. No está claro que el Zar ofreciera plena cooperación con el gobierno del Dalai Lama, pero Dorjieff logró armar al ejército del Tíbet con armas rusas. La posibilidad de abrir una embajada de Rusia en el Tíbet, parecía prometedora para los intereses del imperio del Zar. Confidencialmente, los rusos aceptaban la idea de proteger al Tíbet, si fuera necesario.

En medio de sus viajes por Rusia y Europa, Agvan Dorjieff visitó París y realizó ceremonias públicas. Una de las personas que asistieron a sus rituales fue la gran exploradora Alexandra David-Neel.

Dorjieff fue activo en la revitalización del budismo en ciertas regiones de Rusia como Kalmikia y Buriatia. De hecho, fantaseaba con la idea de que el Zar de Rusia pudiera convertirse en un protector del budismo, algo que no deja de ser sorprendente si tenemos en cuenta que los zares eran cristianos ortodoxos.

En un giro de los acontecimientos, los británicos lanzaron la expedición armada de Younghusband al Tibet en el verano de 1903. Así, obligaron a los tibetanos a abrir su país al comercio con la India Británica. El resultado fue la huida del Dalai Lama a Mongolia, acompañado de Dorjieff, quien intentó recabar la ayuda de Rusia. Pero como ya he dicho, para estas fechas, el Gran Juego llegaba a su fin. Rusia y Gran Bretaña tenían otras ocupaciones más importantes, y el Tíbet dejó de ser un asunto de interés. El tratado anglo-ruso de 1907 declaró que Tíbet estaba bajo control de China, y ambas potencias, Rusia e Inglaterra, se lavaron las manos en cuanto al futuro del territorio de los Himalayas. La diplomacia de Dorjieff parecía haber fracasado.

Pero aún tuvo tiempo de realizar otra jugada. En 1913, Dorjieff fue uno de los firmantes del acuerdo entre Mongolia y Tíbet, en el cual, ambas naciones se reconocían mutuamente. Dorjieff firmaba por parte del gobierno tibetano, lo cual es un poco extraño, ya que él tenía nacionalidad rusa. Los británicos, de nuevo, temieron que esta fuera parte de una estrategia rusa para dominar el Tíbet. No en vano, Mongolia estaba en ese momento bajo el control de Rusia, pero los rusos negaron tener algo que ver. Así que ¿para quién trabajaba Dorjieff, para Rusia, para el Tíbet, para ambos? ¿O para sí mismo?

Con el tiempo, Dorjieff retornó a Rusia y saludó con optimismo la llegada de la Revolución Bolchevique. Para él, el budismo y el comunismo eran compatibles. Pero con la llegada de Stalin al poder, su suerte cambió y acabó muriendo en las cárceles estalinistas en 1938.

Aun así, Dorjieff tuvo una influencia muy relevante en nuestro relato sobre Shambhala. En 1905, en uno de sus viajes a Rusia, cuando aún intentaba recabar el apoyo del Zar para el Tíbet, Dorjieff consiguió permiso para construir un templo budista en San Petersburgo. Uno de los encargados de diseñar ese templo, que fue concluido en 1915, fue, ni más menos, que Nicolás Roerich. Así que, he aquí la conexión entre Roerich y Dorjieff, una conexión que con el tiempo daría lugar a la exploración de Roerich y su familia en territorios de Mongolia y el Tíbet.

Nazis en el Tibet

En este tapiz interminable que estoy tejiendo en torno al mito de Shambhala, no quiero dejar de hilar el controvertido interés de los nazis en la región tibetana. Asia Central es una fuente inagotable de historias, de referencias, de sueños. Diversos pueblos buscaron en esa zona desconocida el origen mítico de su cultura. Como ya hemos visto, Csoma de Korös viajó al Tíbet en busca de los supuestos orígenes del pueblo húngaro. Y los nazis, deseosos de encontrar el origen de la supuesta raza aria, también dirigieron su mirada a esta zona del mundo. De nuevo el mito, de nuevo el sueño, de nuevo la búsqueda de un origen perdido entre las montañas más altas del planeta.

Pero más allá de los intentos individuales del pasado, los nazis hicieron de su búsqueda un empeño de estado, organizado y financiado a través de una agrupación denominada: "Sociedad para la Investigación y Enseñanza sobre la Herencia Ancestral Alemana", más conocida por el nombre de "Ahnenerbe", una palabra alemana que significa, literalmente: "herencia ancestral".

La Ahnenerbe fue fundada en 1935 como una fundación inspirada por personajes como Heinrich Himmler, Hermann Wirth y Walter Darré. La idea que surgía con la Ahnenerbe era realizar investigaciones sobre la raza indogermánica del norte. Su dirección corrió a cargo del coronel nazi Wolfram Sievers.

En 1940, la Ahnenerbe se integra dentro de las SS, que como es sabido, era una organización fundamental dentro de la estructura de estado nacional-socialista. La Ahnenerbe estuvo implicada en todo tipo de investigaciones arqueológicas, antropológicas y etnológicas tanto dentro de Alemania como en otros países. Las expediciones de esta organización se extendieron a Finlandia, Suecia, Francia, Italia, así como en los territorios invadidos en la Segunda Guerra Mundial de Polonia, Crimea o Ucrania. Algunas de las expediciones propuestas que nunca llegaron a realizarse abarcaban lugares como Bolivia, Irán, Islandia e incluso las Islas Canarias, en donde los nazis querían investigar la conexión entre las momias aborígenes y los orígenes de la raza aria.



Pero sin lugar a dudas, la expedición más interesante, la que ha atrapado la imaginación de muchos investigadores, fue la realizada a Asia Central entre abril de 1938 y mayo de 1939.

La expedición de la Ahnenerbe al Tíbet estaba dirigida por un zoólogo, Ernst Schäfer, que tenía experiencia en viajes por Asia. El grupo contaba entre sus filas con Bruno Beger, un antropólogo que se dedicó a estudiar la fisonomía de los tibetanos con la intención de demostrar que éstos eran los antepasados de la raza aria. Además, los expedicionarios tenían la intención de recoger muestras de fauna, flora y geología. Pero entre los objetivos de la expedición había un propósito político oculto que no se llegó a materializar. La misión alemana pretendía entablar contacto con las autoridades tibetanas, a fin de realizar algún tipo de acuerdo político. Para los tibetanos, esto significaba establecer relaciones con Alemania y Japón, en contra de China y el Imperio Británico.

Los expedicionarios llegaron al Tíbet en un momento de transición. El decimotercer Dalai Lama había fallecido cinco años antes, y el sucesor aún no había sido hallado. Por lo tanto, el país se encontraba en una etapa de incertidumbre, y en manos de un astuto regente llamado Reting Rimpoche. Reting intentó sonsacar a Shäfer cerca de la posibilidad de adquirir armamento alemán para el débil ejército tibetano, pero al parecer no consiguió ninguna respuesta definitiva. Además, el oráculo oficial del Tíbet, declaró que el país debía tener cuidado con los nazis, diciendo que su líder, Adolf Hitler, era en realidad, un fiero dragón.

En realidad, Shäfer tenía la intención de reclutar al Tíbet para el bando alemán en caso de guerra, algo que finalmente nunca ocurrió.

Pero la cuestión que aquí nos interesa tiene que ver con la búsqueda mística de los nazis. Hay quien opina que lo que la expedición de Shäfer buscaba en el Tíbet no era otra cosa que Agartha. Este territorio mítico, Agartha, se percibe más bien como un reino interior, o incluso como el

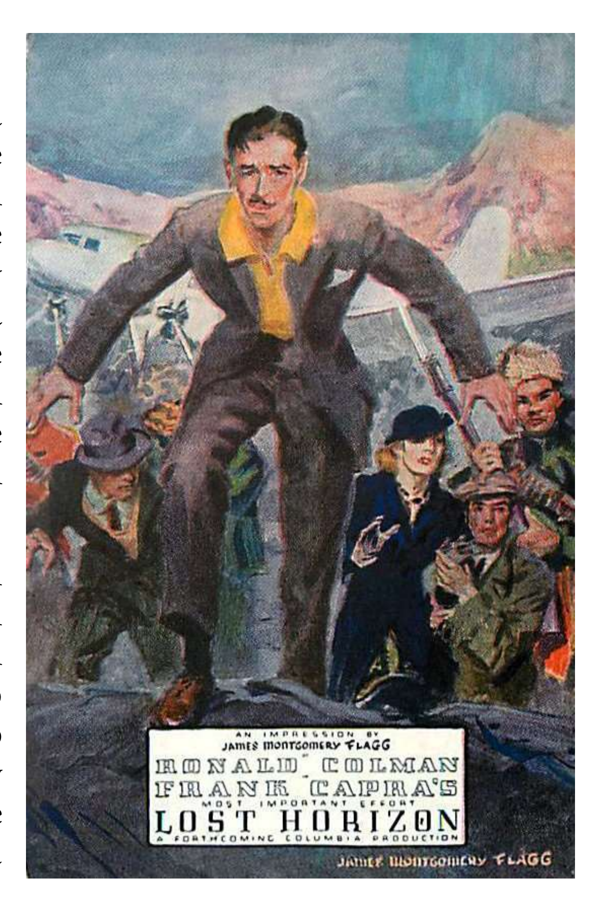
interior de una hipotética “tierra hueca” a la que se podría acceder por diversas entradas ubicadas en ciertos lugares del planeta. La capital de Agartha, según Madame Blavatsky sería Shambhala, pero el reino de Agartha estaría conformado por diversas ciudades conectadas entre sí. Por supuesto, algunas de esas entradas estarían ubicadas en Asia Central, bien el Desierto de Gobi, bien en el Tíbet.

De Agartha (que no es otra cosa que una variación del mito de Shambhala) se han dicho muchas cosas. Por supuesto, que es un reino donde la vida humana es más larga que la nuestra, entre 400 y 800 años. Que sus habitantes miden más de tres metros. Que conforman una especie de hermandad espiritual, llamada también hermandad blanca. Que está conformada por diversas razas. Que son descendientes del continente desaparecido de Gondwana. Que se comunican gracias a la telepatía. Etcétera.

Lo que se sabe con certeza, es que la expedición de Shäfer se dedicó a estudiar al pueblo tibetano, y que las conclusiones que obtuvieron es que éste era un pueblo intermediario entre la raza mongola y los europeos, enmarcado todo esto en la ideología racial de los nazis.

En definitiva, no sólo el antiguo mito iba tomando nueva forma, sino que era capaz de atraer a múltiples individuos hacia las montañas y los desiertos de Asia.

Shangri-La



En 1937 se estrenó una película que ayudaría a traer el mito de Shambhala al público occidental. Se tituló “Horizontes Perdidos” y estaba basada en un libro de James Hilton. Horizontes Perdidos fue dirigida nada menos que por Frank Capra y protagonizada por una de las grandes estrellas de la época, Ronald Colman. Una película que, a pesar de ser un fracaso en taquilla, ha quedado grabada en el inconsciente colectivo. Y también en la memoria de los que, como me sucedió a mí, la vimos en televisión a una temprana edad.

El relato nos habla de Robert Conway, un diplomático inglés que organiza la repatriación de un grupo de occidentales en una zona en conflicto en territorio chino. Cuando Conway se sube en el último avión disponible, no sabe que éste ha sido secuestrado. De manera que en vez de llevarle a él y a los últimos repatriados a Shanghai, el avión se interna en las montañas del Himalaya, donde sufrirá un accidente.

Milagrosamente, todos los ocupantes del avión sobreviven, menos el piloto. Pero las preocupaciones de los pasajeros, perdidos en medio de las montañas, no duran mucho, ya que pronto se aproxima a ellos un grupo de lamas, que los conducen a su monasterio.

Atravesando un paso de montaña, Conway y los expedicionarios se sorprenden al dejar atrás el frío y las tormentas para ingresar en un valle rodeado de montañas, donde reina el buen clima.

Shangri-La es un monasterio construido dentro del Valle de la Luna Azul. Un escenario que disparó el presupuesto de la película, y que era el más grande creado hasta entonces para el cine.

Pronto, los expedicionarios descubren que están en medio de una comunidad que se mantiene intacta desde tiempo inmemorial. Un oasis de paz, en el que Robert Conway, se siente muy a gusto. Familiarmente a gusto.

Poco a poco, comprendemos que Conway ha sido llevado a este lugar con un propósito, puesto que allí, sus obras son bien conocidas. Así, nos enteramos que la comunidad fue fundada por un sacerdote belga, el padre Perrault, a finales del siglo XVIII. Conversando con el Lama Chang, Conway descubre algo más sobre la vida en el Valle de la Luna Azul. Perrault, el fundador, construyó un lugar de paz, un santuario entre las montañas donde "donde gobiernan los mejores, no los más fuertes".

Pero no sólo se trata de un lugar donde se gobierna a través de la paz y la moderación. También es un lugar donde los enfermos recuperan la salud y la vitalidad. Un lugar donde la longevidad alcanza su máxima expresión.

No podemos hacer otra cosa que simpatizar con Robert Conway, y sorprendernos con él, cuando descubre que el padre Perrault aún vive. Con unos 200 años de edad, él gobierna Shangri-La. Y tiene planes para Conway, que ya ha encontrado un nuevo motivo para quedarse en el Valle.

Porque Robert Conway, tras muchas peripecias, está llamado a ser el próximo gobernante de Shangri-La, de esa sociedad perfecta con la que siempre soñó. Una sociedad que nunca creyó que existiría, pero que, al menos para él, sí que existe.

Epílogo

En el mundo presente, este Kali-yuga donde reina la ignorancia propia de un final de ciclo, existen personajes que viven de la idea de Shambhala. Un reino extraordinario que ya no está solamente en los Himalayas. Ahora está en el Monte Shasta, en California, o en el Paititi peruano, o en el Uritorco de Argentina. En cualquiera de esas múltiples entradas a la supuesta tierra hueca que sólo sirven para llenar los bolsillos de avispados vendedores de humo.

Pero como espero haber relatado a través de este largo viaje, en mi opinión Shambhala es cualquier cosa menos un lugar. Es un "u-topos", un no-lugar. O, mejor dicho, Shambhala es cualquier lugar porque es un mito que vive en nuestro interior. El lugar de los bienaventurados, la platónica ciudad de los sabios, el centro del mundo, el hogar del Rey del mundo. Son todos lugares que no están en los mapas. Son lugares a los que no vamos a acceder por el sencillo procedimiento de subir a un avión y pagar una entrada en algún parque temático de la Nueva Era.

La Tradición nos habla de antiguos mitos acerca de lugares sagrados que no son accesibles para el ser humano corriente. Unos, como la Atlántida, porque desaparecieron, otros, como Shambhala, porque nunca serán hallados. Porque Shambhala, la resplandeciente, nunca será encontrada por aquellos que la buscan fuera de sí mismos.

La luz de Shambhala sólo se enciende cuando te atreves a atravesar las tinieblas de tu corazón. Más allá del deseo, más allá de la conquista, más allá del más allá, Shambhala resplandece.